

SOBRE CRUZAR FRONTERAS Y ROBAR BANDERAS:  
CONFESIONES DE UNA ESCRITORA POSCOLONIAL

POR

ERLINDA GONZÁLES-BERRY  
*Oregon State University*

Recuerdo haber asistido a una mesa redonda a principios de los años ochenta compuesta por un par de luminarias literarias del suroeste y otros tantos franco-canadienses que se habían reunido en Nuevo México para discutir las semejanzas entre la escritura franco-canadiense y la literatura del suroeste. Recuerdo claramente la observación un tanto paternalista de uno de los panelistas –un escritor anglo cuya obra sobre los nativo-americanos ha alcanzado estatus de *best seller*– de que los escritores chicanos, como la que estaba sentada a su lado, al mezclar códigos lingüísticos en pleno curso narrativo, no sólo interrumpían el ritmo sintáctico, sino que, más grave aún, se arriesgaban a enajenar a los lectores que preferían un idioma más universal. “Tómenme a mí como ejemplo”, dijo, “cuando yo escribo sobre los nativo-americanos, busco la modalidad de comunicación más ‘universal’. De esta manera todos –claro, “todos” significaba para él todos los que leen en inglés– me pueden entender, y todavía puedo transmitir a mi lector una ‘forma nativa de vida’. Cuando ustedes, los escritores chicanos, cambian al español reducen el alcance de su escritura, y limitan el público lector que pueden atraer”. Su fundamento era que mientras ambos, él y el chicano, escriben sobre la misma región, el chicano escribía literatura regional, mientras que su obra trascendía lo regional para alcanzar un estatus universal. Su postura etnocéntrica, que lo impulsaba a identificar el dominio lingüístico del inglés con la idea de lo universal, no se me escapó.

Ahora bien, yo estaba bastante enterada del hecho de que hasta ese momento, una fuerza vital que impulsaba la literatura chicana había sido un intento de crear una comunidad de lectores. No había ninguna pretensión de alcanzar lectores “universales” para los/as escritores/as chicanos/as; los suyos –o como tan bien lo dijo Rodolfo Gonzáles: “el círculo de mi gente”– bastarían. Y los suyos eran los herederos de un rico repertorio lingüístico, inglés, español y una maravillosa mezcla híbrida que se nutría de los dos, y ensanchaba así las fronteras sintácticas, fonológicas y léxicas de cada uno.

Además de contribuir a una emergente comunidad fortalecida, este vasto repertorio lingüístico expandió el potencial metafórico de la escritura chicana. En un rápido golpe de pluma los escritores podían cruzar los límites lingüísticos para captar sutiles matices culturales que quizás no fueran tan fácilmente asequibles en el “otro” idioma. Pero, desafortunadamente, la elección de un idioma trae consigo un campo amplio de repercusiones y a éstas, tal como se relacionan con mi propia escritura, deseo referirme en

este ensayo. Sin embargo, antes de que pueda hablar de la elección del idioma, de las razones que la motivan, y de las repercusiones de esa elección, sería quizás útil hablar de los procesos por los cuales yo entré “en el lenguaje” y “en la escritura”.

Mientras pensaba sobre este tema en particular, la imagen de un juego que practicaba en la escuela primaria se empeñaba en venirme a la cabeza e insistía en que la insertara en mi discusión. Este juego se llamaba “Captar la bandera,” y supongo que no estaría exagerando si dijera que, en efecto, había capturado el alma del puñado de niños con los cuales yo asistí a la escuela en el noroeste rural de Nuevo México. Recuerdo claramente la agitación que empezaba quince minutos antes del recreo. De hecho, nuestra pequeña escuela rural poseía un espíritu furtivo que entraba solapadamente en nuestras jóvenes mentes, poniendo fin, como por arte de magia, a todo pensamiento racional. Lejos quedaban la tabla de multiplicar o las imágenes de beduinos nómadas vagando por el desierto y cuidando de sus ovejas. En su lugar cada uno de nosotros empezaba a imaginarse corriendo como el demonio y saltando la frontera justo a tiempo para evitar que fuéramos todos prisioneros por el enemigo cuya bandera acabábamos de captar. Cuando llegaba la hora del recreo, los quince niños y niñas del Rosebud Grammar School se habían realmente transformado en un exaltado ejército de soldados preparados para la guerra.

En esos años poco sabía que este juego se iba a imprimir en mi inconsciente como un croquis, y finalmente como una metáfora de una vida marcada por el curso de fronteras; una vida de retiradas veloces, de subrepciones, ocasionalmente de encarcelamiento, en resumen, una vida determinada por la representación de mi identidad étnica y de mi papel como escritora étnica.

El objeto del juego era penetrar profundamente dentro del territorio enemigo, entrar en su torre vigilada para alcanzar y tocar a una camarada, así liberarla de la prisión o, mejor aún, robar la bandera enemiga y volver al suelo patrio sin haber sido capturada y encarcelada en la torre. Una estrategia efectiva exigía que se pasara mucho tiempo cerca de la línea de demarcación, entrando a tiro rápido dentro del territorio enemigo y retirándose con igual rapidez a la zona de seguridad. Esta técnica era esencial, tanto para capturar enemigos como para evitar ser capturada. La frontera era, en efecto, un espacio ambiguo en el terreno del juego. Representaba simultáneamente la atracción y la repulsa, el miedo y la extinción, la seguridad y el peligro. Cruzarla en una dirección significaba estar a salvo y “en casa”; cruzarla en dirección contraria significaba sentir alborozo por haber entrado en el espacio del Otro, pero también suponía arriesgar encarcelamiento y la separación de los compañeros de la patria. Y uno nunca sabía qué formas de tortura podían producirse en la prisión. Se rumoreaba que algunos soldados eran aficionados a arrancarles la lengua a los cautivos capturados.

#### LA VIDA DETRÁS DEL JUEGO

El cruce de fronteras empezó temprano en mi vida. Yo nací en un rancho flanqueado por los ranchos de mis abuelos, de mis tíos y de los primos de mi padre. Todo el valle había sido poblado a finales del siglo XIX por un puñado de familias hispano/mexicanas que habían formado una comunidad estrechamente unida, propagada por la endogamia. El

idioma que a la larga se convirtió en una inmensa familia extendida era el español; su cultura, nuevomexicana rural. La incursiones de Otros, que mis padres recordarían hasta sus últimos días como el Jardín de Edén, eran raras. Igualmente raras eran nuestras aventuras dentro del territorio del Otro; se limitaban sobre todo a la compra de provisiones y el trato con sus instituciones inmisericordes- primordialmente los blancos. Estos últimos fueron los responsables de nuestra mudanza a la ciudad que, yo supongo, podría considerarse como nuestra caída en desgracia o nuestra pérdida de inocencia.

Una calle pavimentada separaba el lado mexicano del lado anglo de la ciudad. El español era el idioma preferido en nuestro lado de la calle. Se rumoreaba que los abuelos del barrio entendían trocitos del idioma del otro lado de la ciudad, pero si era así, nunca lo dejaron saber. Y puesto que raramente cruzaban la calle pavimentada que separaba el barrio mexicano, con sus calles de tierra, del lado “anglo” de la ciudad, nunca tuvimos la oportunidad de poner a prueba su conocimiento. Su manera de hablar con nosotros era siempre cálida como su aliento, suave y dulce como tortillas recién hechas. Sospechábamos que los padres del barrio hablaban inglés, puesto que ocasionalmente cruzaban la calle pavimentada que separaba nuestras casas de la otra banda para ir de compras o para ocuparse de sus negocios. Pero en casa nos hablaban dulcemente en español e insistían que mostráramos respeto a nuestros mayores tratándolos de Usted y añadiendo “le dé Dios”, después de decir “buenos días”. A los niños del barrio, por otra parte, se les obligaba a hablar inglés en la escuela. No respetar las reglas de la zona de contacto significaba un golpe en los nudillos o el castigo de ponerse en temido capirote.

No asistía a la escuela todavía cuando mi abuela empezó a mandarme al bar de Rigoni para comprarle cigarillos. Recuerdo claramente el entrecocar de mis rodillas mientras cruzaba la simbólicamente trazada calle pavimentada. También recuerdo el barman regalándome chicle de globo y caramelitos después de exclamar lo gracioso que era y con qué gracia decía “geeeve me some Kuuls for my gramma”. Pronto empecé a asociar los sonidos del inglés con chicle de globo gratis.

Mi deseo insaciable por esa dulce substancia pegajosa me incitó a prestar especial atención a la manera en que los niños mayores hablaban cuando los viejitos no estaban presentes, y a imitarlos. Yo espiaba a mi hermana mayor mientras hacía su tarea. Le pedía que me leyera las palabras que escribía en el papel. Después me robaba su cuaderno y estudiaba los signos de la página, simulando que los podía leer. Pronto empecé a decir sus palabras y a hacer mis propios signos en trozos de papel. Principalmente escribía notas ficticias a mi primo tercero por quien sentía un profundo amor incestuoso. Cuando venía a casa a jugar, le “leía” mis cartas de amor, convirtiendo mis garabatos en confesiones sentimentales de niña mayor que mi hermana se inventaba sobre la marcha, y a mí me ponía furiosa. La escritura era algo privado. Era una manera de guardar secretos que nunca debían revelarse. Quizá este sentimiento sobre la escritura explique el que yo haya llegado tan tarde al proceso de la escritura creativa.

Para cuando comencé la escuela, yo había asociado el inglés y la escritura con la transgresión, pero también con la adquisición de cosas buenas. Entrar en el inglés significaba cruzar dentro de un espacio ajeno; significaba espiar y descifrar misterios; también significaba recibir premios, como chicle de globos y caramelos. Ya para el tercer

grado podía leer todo lo que las monjas me ponían delante. Un día me pidieron que leyera una palabra que una alumna de quinto no podía descifrar en su lección de lectura oral. Era una niña muy pobre que vivía en las afueras del pueblo en una choza ruinosa, y ella y sus hermanas hacían que su inglés sonara a español. La palabra me vino fácilmente mientras la articulé con orgullo en voz alta y clara: IDEAL. Me senté, sintiéndome bastante ufana. Pero mi sonrisa autocomplaciente pronto se convirtió en una mueca cuando vi que el semblante de Josie se teñía de rubor. Cómo me odié por haberla humillado. Pero en mi fuero interno sabía que la hermana Frances John creía que yo era la niña más inteligente de la clase. Esto era mejor que el chicle de globo gratis.

El sabor de la traición que desde entonces asociaría con el inglés se mitigó cuando crucé la frontera que separaba el barrio de la escuela. Los cuentos de mi abuela sobre bultos, brujas y los días de antes, que me esperaban en su acogedora cocina, me hacían olvidar cómo mi conocimiento del inglés me había separado de Josie, y cómo el sentirme inteligente porque sabía inglés había hecho sentirme vacía.

Cuando mi padre consiguió un trabajo en México, vacunando animales para prevenir que la temida “fiebre aftosa” cruzara la frontera EE.UU./México, mudó a la familia a Guadalajara. Este cruce de fronteras resultó ser una experiencia agrídulce. A mi padre, que en casa apenas le habían acabalado los ingresos, le pagaban en dólares, y por lo tanto podíamos mantener un alto nivel de vida dentro de una economía mexicana. Nuestros vecinos de la clase media alta se resentían que unos pocos pudieran vivir tan bien como ellos y se negaban a aceptarnos dentro de su círculo social. Sin embargo, los niños, siendo como son criaturas flexibles, actuaban de manera diferente. Estaban más que contentos de tener amigos del otro lado de la frontera. En muy pocos meses nuestro dialecto colonial arcaico había tomado las características fonológicas y la entonación del español tapatío. Pero lo que fue más importante; es que aprendí a leer en el idioma de mi barrio. Leer cuentos en español me recordaba las historias de mi abuelita y a través de ellos permanecí conectada con ella aunque estuviera lejos. Además, el vacío que la capacidad de leer y escribir en inglés había dejado en mi corazón desapareció, y sentía ansias de volver a Nuevo México para poder leer en español para mi abuelita. No sabía entonces que, de hecho, algún día escribiría sus cuentos en español.

Cuando volvimos de México un año después, mi madre consiguió un trabajo como maestra en Rosebud. Rosebud era un lugar desolado en los áridos llanos del noroeste de Nuevo México, lindando con el territorio de los temidos tejanos. Fue en Rosebud donde aprendí a jugar a Capturar la Bandera. Y fue en Rosebud donde aprendí lo que significaba penetrar tan profundamente dentro del espacio del Otro, hasta el punto que sentirme absolutamente ajena e indeseada se convirtió en parte de mi paisaje psíquico. Años después rescataría esta memoria y la apuntaría en papel:

Partimos hacia casa el domingo por la mañana temprano, proyectando pararnos en Carlsburg para la misa de 10:00. Ocupamos un banco entero contando con mi madre, mi padre, Teresa y the Wild Bunch. Tan pronto como nos acomodamos, empecé a mirar a mi alrededor. Y luego comenzó a despertarse en mí una sensación muy extraña. Miré a las chicas, y ellas también tenían una expresión curiosa en la cara. Algo entre el miedo y el deseo de llorar es lo que vi en ellas. Yo estaba invadida por la misma sensación. No

podía entender lo que estaba ocurriendo. Nunca había ido a una iglesia donde nosotros éramos las únicas personas morenas. Supongo que eso tenía algo que ver con la manera en que la gente nos miraba fijamente. Los niños nos miraban fijamente. Los adolescentes nos miraban fijamente. Los padres y las madres nos miraban fijamente. Hasta las abuelas y abuelos nos miraban fijamente. Mi madre y mi padre miraban directamente al altar. Pronto seguimos su ejemplo. Durante toda la misa miramos al frente, concentrándonos intensamente en todas las oraciones y los movimientos del cura y los monaguillos rubios.

Es verdad que en el patio de recreo yo era bastante hábil para evitar la prisión del juego Capturar la Bandera, también es verdad que mis años en Rosebud fueron años vividos en la prisión del idioma inglés. Considerado en su lado positivo, estos años sí me proporcionaron una oportunidad para examinar detalladamente cada hilo de la bandera lingüística del otro lado. Cuando abandoné Rosebud para volver al territorio familiar en el corazón del norte de Nuevo México, me llevé esa bandera conmigo, convirtiéndome, en términos de Alice Ostriker, en “una ladrona del idioma”. Este refugio al lado seguro de la “zona de contacto” es el tema de los siguientes fragmentos de *Rosebud*:

Partimos en coche un día cálido de septiembre, para nunca volver al granero rojo, a la choza atómica, a la amistad cordial de la familia Kelly, o a los llanos barridos por el viento de Rosebud. En el norte, entre la chamisa y el piñón, encontramos una nueva casa. Nuestra nueva casa estaba llena de risueñas caras morenas, y nunca dejamos de bailar una sola pieza.

Mientras me sentía a salvo volviendo al lado seguro de la frontera, yo sabía que era el dominio del idioma del Otro lo que me permitió ser elegida presidenta del estudiantado, la alumna que pronuncia el discurso de despedida de curso y recibe una beca para la primera universidad del Estado.

Así, desde el nutritivo espacio cultural de la entraña hispana me mudé a una zona de contacto urbana donde una mal definida delimitación fronteriza amenazaba las identidades estables, pero también las resaltaba. El español y el intercambio de códigos lingüísticos del inglés y del español que habían sido tan naturales en el Rito cedieron al “English Only” –el uso exclusivo del inglés. Unos meses después de ingresar en la universidad, mis amistades de la escuela secundaria me censuraron por sonar como una gabacha. No me dejé perturbar por su crítica, porque yo creía honestamente que sonar como los que controlaban la universidad era lo que garantizaría mi éxito. Para el final del primer semestre, a esta chica becada la habían intimidado hasta el punto de sentarme al fondo del aula junto con un pequeño puñado de alumnos que se parecían exactamente a mí, y de presentar un rendimiento mediocre en toda tentativa académica. La posesión de la bandera robada que tanto había llegado a apreciar me produjo poca satisfacción; el vacío experimentado cuando llegué a la escuela por primera vez volvió, y escribir se convirtió en un esfuerzo llevado a cabo con miedo y ansiedad.

Afortunadamente, la bifurcación en el camino hizo su aparición proverbial y yo elegí el camino marcado “especialidad en español”. Esto después de haberme graduado con un título en educación física y danza. A la edad de veintiocho años volví a la universidad. Ningún cruce de fronteras visibles. Y sin embargo sí hubo un cruce –un cruce que me

devolvería al comienzo a la vez que me llevaba hacia nuevos horizontes. Cuando primero los conocí, su elocuencia y su gracia me abrumaron. Alfonso el Sabio, Miguel de Cervantes, Miguel de Unamuno, Santa Teresa de Avila, Federico García Lorca, Sor Juana Inés de la Cruz, Garcilaso de la Vega, Garcilaso el Inca, Julio Cortázar, Gabriela Mistral, Rosario Castellanos. Estos recién encontrados compañeros captaron mi corazón igual que lo había hecho mi abuela en mi juventud con sus cuentos de magia, maldad y el triunfo del espíritu humano. Pero más importante, liberaron el idioma de mis padres en que yo había aprendido a leer y escribir cuando tenía ocho años. El lenguaje que había enterrado cuando llegué a obsesionarme con la Bandera Capturada. Y ahora, en retrospectiva, me doy cuenta que no fue sólo el idioma lo que habían liberado. Era también yo la que había aprendido a verse a sí misma como una extranjera; la que yo creía que por ser una cruzadora de fronteras, no pertenecía; la que yo por virtud de ser una ladrona del idioma, creía que no tenía derecho a escribir; fue esa yo a quien liberaron.

A pesar de mi recién encontrada libertad, he de confesar que escribir no fue fácil, por lo menos escribir para el consumo público no lo fue. Quizás recordaba todavía la traición de mi hermana cuando le leyó las cartas de amor a mi primo, y todavía creía que escribir servía sólo para anotar secretos y para revelarse el deseo a una misma.

Además, a pesar del hecho de que lingüísticamente hablando había logrado encontrarme mí misma, es decir, reconocer el idioma de mi propia cultura, el problema de elegir en qué idioma escribir no se podía resolver fácilmente. Yo sabía que me sentía más a gusto escribiendo en español, pues, como dije en otra parte, “rehusaba escribir en inglés, porque de alguna forma sentía que simplemente no podía dar la talla”. Pero luego surgía el planteamiento de la comercialización. Ya habíamos superado los “años emergentes” de la literatura chicana, los años cuando las editoriales chicanas no rehusaban publicar obras escritas en español porque el objetivo inmediato entonces era contribuir a la creación de una “nación” imaginada de lectores chicanos, ansiosa de tomar a pecho y realizar el discurso descolonizador de los tiempos. Eran, de hecho, los finales de los años ochenta y las editoriales chicanas o estaban muertas o luchando por sobrevivir, y la supervivencia significaba alcanzar un público lector más amplio, más —¿me atrevo a decirlo?— “universal” y también competir con las editoriales de la sociedad dominante. Escribir una primera obra en español era más imprudente, era, para usar las palabras de Sabine Ulibarrí, “regalarse uno mismo al anonimato:” (“*el escritor que escribe en español es un escritor sin destino*” me dijo una vez en una entrevista). Estaba, en efecto, en un dilema. El corazón me decía que escribiera en el idioma de mi abuela. Mi cartera y deseo de reconocimiento me decían que escribiera en inglés. Un consejero pragmático hubiera declarado, “no hay discusión.” Pero luego recordé a Josie.

Mientras recordaba con vergüenza cómo la había humillado públicamente, comencé a preguntarme si su lucha ese día con la palabra “IDEAL” era simplemente el resultado de la falta de oportunidad para convertirse en una hábil cruzadora de fronteras, en una autocomplaciente ladrona del idioma como yo, o si era más bien parte de un acto mucho más significativo: un acto de resistencia, que mi propio deseo auto-colonizador no me había permitido captar. Creyendo que este último era en efecto el caso, escribí *Paletitas de Guayaba* para Josie. Y para Josie, la escribí en español. También escribí *Paletitas* para todas las Josies de Aztlán, quienes, puesto que se sentían bastante satisfechas quedándose

en su propio lado del pueblo, hablando su idioma, fueron, y siguen siendo, humilladas y castigadas por su valiente muestra de resistencia subalterna.

Traducción al español de  
SUSAN D. RIVERA  
*University of New Mexico*

BIBLIOGRAFÍA

- González, Rodolfo *I am Joaquín*. New York: Bantam Books, 1967.  
Ostriker, Alice. "The Thieves of Language: Women Poets and Revisionist Mythmaking".  
*Signs* 8/1 (1982): 68-90.